

# DE CÓMO SE AHOGA UN GRITO.

*Reporte de ironías, odios y un Santo Domingo en plena pandemia.*

Por Luis Graham Castillo

Al Fray Antonio de Montesino que pareciera gritar a un costado de la Ciudad de Santo Domingo le han puesto una mascarilla. Yardas de alguna gruesa tela le cubren la boca y la nariz desde la barbilla. El símbolo provee ahora otras lecturas. La primera, un recuerdo; estamos siendo atravesados por una pandemia. Un virus con cierto grado de letalidad nos asedia y urge tomar medidas de protección. Otras lecturas, por lo menos para quienes leen de manera abyecta, se revelan necesarias para volver a lo que sugieren, para sujetar con fuerza el guiño que arrojan y exprimir sus posibilidades.

La enorme escultura fue donada por México e instalada en el Malecón de Santo Domingo en el año 1982, obra del escultor mexicano Antonio Castellanos Basich. Está inscrita en el extenso registro de una estatuaria nacional en la que predominan el imaginario y los símbolos de la colonia. Es un monumento a la memoria de la primera declaración, una denuncia firme, en favor de los derechos de los pobladores originarios de Quisqueya, a quienes el colonizador llamó "Taínos", sometidos a crueles maltratos y largos cautiverios por los encomenderos de la corona española en la isla. Se trata del Sermón de Adviento, pronunciado por el fraile dominico el domingo 21 de diciembre de 1511. Según fray Bartolomé de las Casas, en su "Historia de Indias (1527-1547)", Montesino logró el consenso de los habitantes españoles en la naciente ciudad, quienes participaron en su redacción y lo firmaron.

En la primera proclama en favor de los derechos humanos en la Abya-Yala, el fraile advierte:

"Voz del que clama en el desierto. Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine y conozcan a su Dios y creador, sean baptizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? "

(Fragmento del Sermón de Adviento).

El discurso causó revuelos. Diego Colón, almirante a cargo de la empresa colonizadora, increpó a la orden de los dominicos para que se retracten. El siguiente domingo, el fraile reafirmó todo lo dicho y el revuelo fue mayor. La acción logró ciertas medidas en favor de sus defendidos, aunque muy pocas de manera inmediata.

Entre ellas, las Leyes de Burgos, que fueron las primeras leyes que los Reyes de España dictaron para reordenar su conquista y que abolió la esclavitud indígena. La dignidad fue defendida y, según diversos historiadores, fue el inicio de un cristianismo que reconocía la diversidad cultural de las tierras colonizadas y el germen de la teología de la liberación.

Con todo, era tarde para los habitantes primeros de la isla. La iglesia, parte intrínseca del poder invasor y ente activo en el proceso de colonización, tardó en facilitar y producir proclamas como el Sermón de Adviento. Unas décadas después, apenas quedaban unos pocos habitantes originarios en todo el territorio. Cientos se suicidaron, otros murieron a causa de los maltratos y la violencia. Los mató el colonizador. Más tarde, esa misma iglesia fue cómplice en la instalación y sustento de la esclavización africana en estos lados de la tierra. La distancia abismal entre aquellas acciones en favor de los derechos de unos y el envilecimiento de la dignidad humana de otros es, aún en nuestros días, tan inexplicable como condenable. Aquel primer grito se desvaneció, como si algún dispositivo-mordaza entaponara las vías por las que fue articulado.

Todo resuena irónico en nuestros días. Una pandemia mundial, el COVID-19, nos embarga y revela las maneras en que ese discurso vuelve a entrar en contradicción directa con las acciones del clero y el liderazgo religioso local. A más de quinientos años de aquel sermón, las nociones de la dignidad y los derechos humanos de la cúpula cristiana, a la que en nuestro país se suman con fuerza los sectores protestantes, que encabezan los evangélicos de diversas denominaciones, se revelan opuestas a las convicciones actuales que de estos conceptos se tienen, negándose a ir en consonancia con los diversos tratados, consensos internacionales y avances en materia de derechos; obviando la realidad misma de identidades y corporalidades diversas. La República Dominicana y sus gobiernos mantienen una relación tan estrecha con estos sectores que no se corresponde con los enunciados de un estado laico asentados en papeles. Un hecho que se traduce en una incidencia incómoda y violenta del liderazgo religioso en la vida nacional.

El COVID-19 nos llega en medio de una campaña electoral para elegir todos los puestos de la administración pública, desde el presidente de la República hasta los senadores, diputados, alcaldes y regidores municipales. Una campaña en que, por primera vez en nuestra historia, aparecen aspectos de los derechos humanos que han sido tomados como moneda azarosa en el juego sucio de la política partidista local. Los derechos reproductivos de las mujeres, los derechos de la comunidad LGBTIQ+ y la posibilidad de introducir en el sistema educativo enfoques de género, han sido englobados en lo que los sectores ultraconservadores de la región, encabezados por las iglesias, han denominado "ideología de género"; una sombrilla que pretende reunir en un solo término estas luchas y sus particularidades. Todo es parte de una "ideología foránea", dicen, que "atentan contra la moral y las buenas costumbres de la nación".

Por supuesto, "la moral y las buenas costumbres" que su cosmovisión les impulsa a volver norma.

En medio de una crisis que pone a temblar todo el sistema de salud, la seguridad social y la economía nacional, los discursos de odio han resurgido y lograron cosas. Han logrado traer a la conversación pública los prejuicios enquistados en una sociedad de doble moral, que condena con dichos pero hace lo opuesto. Las iglesias se han vuelto a valer del chantaje para ahogar libertades. Prometen el voto de sus feligreses a cambio de que lxs candidatxs firmen, literalmente, documentos donde se comprometen a no dejar pasar en el país la "ideología de género". Líderes sociales que en tiempos recientes han sido aliadxs de estas luchas, lxs hemos visto pactar con estos sectores para lograr una curul. Se han unido a las corrientes de odio. Es el caso, para citar uno, de Pedro Catrain; un politólogo y político dominicano que, hasta hace poco, acompañó momentos importantes de las luchas por los derechos humanos.

En el 2014, Pedro Catrain fue "padrino", junto a otras personalidades, de la Séptima Caravana del Orgullo LGBTIQ+, haciendo acto de presencia y una declaración pública que nos llenó de alegría. A pocos días de las elecciones, postulándose para senador por Samaná, una provincia al nordeste del país, firmó un documento donde se compromete a no levantar sus manos en favor de "ningún proyecto que atente la modificación de nuestra Constitución promulgada el 26 de enero 2010, en contra de la palabra de Dios, los valores y la familia, para favorecer al grupo denominado LGBT, en relación al matrimonio del mismo sexo y a favor del aborto", según reza el texto.

Catrain acaba de ganar el escaño al que aspiraba. No nos queda claro si esto es evidencia del poder que aún tiene la otrora primera defensora de los derechos humanos en estas tierras, la iglesia cristiana. La luz que supuso aquel sermón, el de Montesino, ha devenido en coacciones para negar libertades.

De chantajes similares fueron objeto cientos de aspirantes, especialmente del partido opositor al gobierno, el Partido Revolucionario Moderno (PRM). Un partido que entre sus miembros tiene importantes líderes políticos y de opinión que, presionados por el ambiente creado, hicieron silencio durante todo el proceso, cuando en otro tiempo eran voces que se hacían sentir en favor de las minorías sexuales y de las mujeres. El partido de gobierno, Partido de la Liberación Dominicana (PLD), ¡Se fue! Con todo el riesgo de la pandemia, y las manipulaciones en torno a ella, fue considerable la cantidad de votantes que se movilizó para que sea una realidad. Hemos visto florecer nuevos sentimientos sobre el poder ciudadano en la toma de decisiones. El PRM no es garantía de los cambios que anhelamos, pero nos da esperanza la posibilidad de que entremos en un período de transición hacia mejores formas de hacer política. Esperanza que es alentada por la cantidad de candidatxs de partidos pequeños y emergentes, con visiones más acabadas del manejo de la cosa pública.

La República Dominicana lidera las estadísticas de feminicidios en la región. Las cifras de embarazos en mujeres adolescentes son escandalosas. Matan a las mujeres trans y no hay un marco legal bajo el que se pueda actuar y castigar culpables.

Las mujeres y los hombres trans no tienen derecho al cambio de identidad en su documento de identificación. No existe un instrumento jurídico que permita a las parejas del mismo sexo legalizar sus relaciones y ser sujeto de derechos. Está penalizado el aborto, incluso bajo las reconocidas tres causales por las que actualmente se lucha: cuando la vida de la mujer está en riesgo, cuando el embarazo es inviable o cuando es producto de violación o incesto. La vida y la dignidad de estas poblaciones están en juego.

A todo esto se suma un escenario que favoreció al oficialismo, haciendo del confinamiento y las condiciones de la pandemia un espacio propicio para hacer girar su campaña hacia un asistencialismo populista, proveyendo ayudas por doquier; bolsas de alimentos y dinero, abusando de los recursos del Estado para atraer el voto de las comunidades empobrecidas. El pueblo tomó las ayudas, pero, afortunadamente, no les votó en las elecciones.

¿Qué pasó con el espíritu que motivó el Sermón de Adviento? ¿En qué parte del camino se trabó? No existe más. La lucha por las libertades y los derechos se encarna hoy día en las voces de activistas y artistas que aumentan en número y provocan con arrojo. Artistas como Johan Mijail, Raquel Paiewonsky, Eliazar Ortíz, Rita Indiana, Citlally Miranda, Rafael Morla, Isabel Spencer, Carlos Rodríguez y Michelle Ricardo, para citar algunxs, alzan con sus obras discursos que resuenan por encima de las vendas y los mecanismos para ahogarlos. Las artes visuales, literarias y escénicas están produciendo conversaciones que ya empiezan a trascender el cubo blanco del museo y los teatros. Ya no solo "tenemos el arte para no morir de la verdad" (F. Nietzsche), tenemos el arte para catalizar procesos emancipatorios y visibilizar subjetividades que importan.

La producción cultural sigue consolidándose como ese territorio donde se tienden puentes. Donde las formas no hegemónicas de entender las subjetividades surgen en diálogos efectivos que se traducen en reflexiones atinadas y generadoras de nuevos afectos. Esto sucede gracias a las iniciativas y espacios independientes; a propuestas que no esperan la asistencia de los organismos y programas oficiales, que entienden la cultura como una esfera donde se mueven sin mayores impedimentos acercamientos radicalmente amigables con las diferencias.

El espacio donde está emplazado el monumento al fraile dominico es el Malecón de Santo Domingo, junto a una pequeña playa del Mar Caribe donde ya nadie se baña. Un trayecto obligado en la ruta diaria que hacía el artista Tony Capellán (1955-2017) para encontrarse con los objetos que componen sus obras. Residuos y desechos que portan la memoria de los desposeídos y enrostran los desmanes de la sociedad capitalista. Si hoy hiciéramos ese recorrido, el de Tony, alcanzaríamos a ver la imponente mole de piedra, un remoto recuerdo de que alguna vez fuimos el territorio primero de denuncias y la presencia abrumadora, con su enorme mascarilla, de una realidad que amerita cuestionamientos y acciones radicales urgentes; gritos que sean más altos y puros, que no se ahoguen en acuerdos oportunistas con la oscuridad de quienes oprimen y odian a sus anchas.



**Crédito imagen:** Tony Capellán. Vidas del Tercer Mundo, 1996. Imagen cortesía de la colección Eduardo León Jimenes de Artes Visuales.